

---

**C A P Í T U L O V I I**

**De cómo viene a ser peligroso el viajar de incógnito**

Al día siguiente, D. Quijote se puso en viaje, acompañado de Sancho y el joven prisionero, con harto sentimiento del cabrero, que volvió a la soledad y tristeza de su vida pastoril, sumergido en un mar de pensamientos nuevos para él, y acariciando mil halagüeñas esperanzas para lo porvenir.

D. Quijote, al despedirse, le entregó como presente de gran valía, la memoria y plano ya hechos, en los cuales estaba vinculada la prosperidad de la cabrería manchega. Como recuerdo personal, le hizo también gracias y donación de la enmohecida espada, arma de que no necesitaba en su nueva profesión, por ser instrumento de fuerza y símbolo de barbarie, objeto impropio de un caballero de la nueva orden del Progreso, obligado a defender a todo trance los fueros de la civilización, con sólo las armas brillantes del pensamiento, según lo decía, parodiando el viejo romance caballeresco:

*Mis arreos son las letras,  
Mi divisa, progresar;  
Mi cama son los papeles,  
Mi dormir, siempre pensar.*

Imbuido en estas ideas, no quiso proveerse de coche ni cabalgadura para el viaje, lo que miraba como un obstáculo para dedicarse por el camino a la observación científica en los tres reinos, animal, vegetal y mineral, porque jamás había leído en las revistas y enciclopedias, que ningún sabio ni explorador viajase de aquella suerte, sino a pie, y provisto de los instrumen-

tos y aparatos necesarios para sus experiencias, de los cuales se proveería él también, a su paso por Barcelona, de donde haría rumbo a las Indias.

No es para dicha la curiosidad de las gentes del tránsito, a vista de un torero tan desmesuradamente largo y enjuto. No faltó quien les averiguase en qué parte y lugar, y cuándo iba a ser la lidia de toros, porque Sancho, en realidad, tenía cierta traza de ganadero; pero el Dr. Quix caminaba tan absorto y ensimismado en sus altos y esclarecidos pensamientos, que no paraba mientes en los dichos picantes, ni en las risas de los transeúntes, al contrario de Sancho, que más de una vez se montó en cólera por semejantes desacatos a la persona de su amo, crecida siete palmos a sus ojos, con la mudanza de profesión, porque nunca le habían caído en gracia los hechos de armas de los caballeros andantes, a tiempo que la caballería del Progreso, le parecía mil veces más andadera y menos expuesta a mojicones y palizas.

Les sorprendió la noche no muy lejos de una quinta, a la cual se allegaron a pedir posada, porque no había otro recurso. Al punto acudieron al patio de la casa, como a campana tañida, los chicos y las gentes del servicio, avisados de la extraña figura del torero y la no menos peregrina de Sancho, que hacían contraste con la gentileza y buena cara de Santiago.

El dueño de la quinta era un rico propietario, que no puso reparo en concederles hospedaje, llevándolos cortésmente a pieza donde pudieran descansar aquella noche, y allí los dejó solos por un rato, en tanto pasaba él a comentar con la familia la novedad del caso, y disponer lo necesario para el mejor acomodo de sus huéspedes.

Santiago, que no tenía un pelo de tonto, comprendió que mayores serían la curiosidad y la mofa de todos, cuando supiesen que aquel no era torero, sino un sabio doctor y viajero universal, por lo que creyó lo más acertado hablar sobre esto con su amigo.

—Creo, Dr. Quix, que por ningún respecto conviene que usted revele aquí quién es, ni para dónde va.

—¿Y por qué, amigo Santiago?

—Porque la curiosidad todo lo invade, y al dar explicaciones sobre el vestido que lleva, lo raro de la especie avivaría los deseos de saber hasta lo más mínimo de su historia, en la cual, me ha dicho el señor d'Argamasille, hay pasajes vedados para, el conocimiento del vulgo.

—Admiro tu discreción, y me allano a pasar por torero mientras cambie de vestido.

—No será el primer sabio que viaje de incógnito, y aun creo que mayores atractivos debe ofrecer este artificio a los personajes célebres, que el viajar a cara limpia, conocidos y respetados de todos.

—Hablas como un libro, querido Santiago; y así, puedes decir a todos los de esta casa, que soy un torero contratado para una lidia en la ciudad o villa que mejor te cuadre; que Sancho es el contratista, y tú, lo que quieras ser, secretario o revistero de la cuadrilla.

—Y dígame su merced ¿qué llaman contratista? —averiguó Sancho.

—Contratista, Sancho, es en los tiempos modernos un cargo por extremo honroso y elevado, porque es el que rige y sustenta las obras de progreso, concertando con los gobiernos o con los particulares el modo, tiempo, y mutua ventaja de llevarlas a cabo, siendo de tanta importancia su oficio, que sin él vendría a detenerse y quedar en suspenso la máquina prodigiosa de la civilización, así como se detiene y queda en suspenso un reloj, cuando falla o se rompe el resorte principal de la cuerda.

A todas estas, la casa andaba revuelta, y con razón, porque el propietario tenía mucha familia. Era uno de esos cuasi patriarcas, raros en las ciudades populosas y muy comunes en las aldeas y los campos, a quienes Dios concede numerosa prole en breve tiempo de casados, de suerte que sus buenas esposas llegan en ocasiones a mecer dos cunas simultáneamente: la del propio hijo y la de algún nieto. Había, pues, en la quinta viejos, mozos y niños a porrillo, alborotados con la inusitada visita del torero y su comitiva. Los chicos, porque era el primer torero que veían en su vida, y los grandes, porque de la traza y continente de aquél no lo habían visto jamás, ni de bulto ni pintado.

Con el garbo y arrogancia ingénitos en D. Quijote, atravesó, seguido de Sancho y del pobre Santiago, los corredores de la casa que estaban repletos de gente, para ir al comedor a la hora de la cena, que fue rica y abundante, más para los dos primeros, por los varios días en que estuvieron sometidos a la rigurosísima lactancia higiénica.

En la mesa estuvo el Dr. Quix a punto de romper el incógnito, porque empezó a explanar sus ideas reformadoras, con tanta fuerza y valentía de

conceptos, que atemorizado Santiago, le recordó disimuladamente el convenio hecho entre los tres, porque no eran aquellos discursos propios en la boca de un torero.

Si el porte de éste había sorprendido al dueño de la finca, no quedó menos sorprendido al oírlo hablar como un letrado, pero Santiago, dotado de un talento natural admirable, se encargó de explicar esto, diciéndole que antes de meterse a torero, nuestro insigne personaje había hecho estudios completos de filosofía y letras en la Universidad de Salamanca, y que eran su pobreza y carácter inquieto y aventurero, las causas que lo habían obligado a cambiar de carrera, siendo como torero uno de los más diestros y afamados que había producido la Mancha.

D. Quijote, que en punto a cortesano continuaba siendo la flor y nata de la galantería caballeresca, entró de sobremesa en discreta conversación con las hijas del propietario, ponderando sus gracias y donaires, con palabras tan finas y comedidas, como ellas jamás las habían oído.

—¿Y va muy de prisa en su viaje? —le preguntó una de las más jóvenes con vivo interés.

—Me urge ciertamente llegar a Barcelona, para equiparme allí y tomar pasaje para América, pero por ahora mi mayor prisa está en cumplir vuestras órdenes y serviros en cuanto gustéis.

—Contando con su bondad, quisiéramos exigirle un gran favor.

La madre de la niña, que adivinó la intención de ésta, dijo al punto, volviéndose al torero.

—No hagáis caso, señor, de las palabras de estas niñas, que como no conocen el mundo, ni han recibido instrucción, pueden causaros inocentemente alguna molestia.

—Al contrario, señora mía, huélgome en extremo de que me favorezcan con su amable y graciosa conversación; y lo que modestamente tomáis por un defecto, viene a ser para mí la mayor perfección de su hermosura, cual es el candoroso recato y la ingenua sencillez de la inocencia. Decid, pues, sin rebozo ni encogimiento lo que de mí queráis.

—Es que nosotras no hemos visto nunca el juego de toros!...

—¡Niña! —exclamó la madre— ¿te imaginas que este señor pueda darte gusto? ¡Oh, es una impertinencia muy propia de tu edad!

—En habiendo un toro listo, y en permitiéndolo nuestro generoso amigo el dueño de la quinta, juro por el toro de la constelación celeste, que no seguiré camino sin complacer antes el natural deseo de estas hermosas doncellas.

Y D. Quijote, creciendo más de dos palmos sobre la silla en que estaba sentado, interrogó con la mirada al propietario. Hubo un momento de silencio y anhelosa expectativa. En las puertas y ventanas del comedor había espectadores, como si se tratase de un congreso democrático a punto de declarar la paz o la guerra.

La verdad es, que aquel era un plan combinado por las niñas y los niños en los pasillos de la cocina, con el apoyo de la servidumbre y el tácito consentimiento de los dueños de la casa. Santiago estaba confuso, en vista de aquel inesperado conflicto provocado por el incógnito, a tiempo que Sancho temblaba en su silla, porque nadie mejor que él sabía de cuánto era capaz su amo en lances arriesgados y temerarias proezas.

—De mil amores consiento en ello —dijo el propietario— pero no veo la manera de suplir los toros y el circo.

—Por eso no, papá, porque aquí está el tío Pedro, que ofrece su toro, y los peones de la quinta, que han ofrecido limpiar el corral.

—Pero, niña, si ese es un buey manso de servicio, que no embestirá nunca.

—Cuánto mejor —dijo Sancho— que sea manso, porque así no necesitaremos de barrera para asistir a la lidia.

—¡Manso no lo quiero yo —exclamó D. Quijote— sino más furioso que el mismo toro de Creta, domado por Hércules! De lo contrario, no desplegaré la capa.

—Mire su merced, que cualquier toro es una fiera, y aunque domesticado parezca, tiene la furia guardada por dentro, en espera de alguna ocasión, como la que ahora se presenta al toro del tío Pedro; y por eso dice el dicho, que el buey manso mató a su amo, y donde menos se piensa salta la liebre.

—Razón tiene este señor en decir lo que dice, porque ese toro tiene la ira reconcentrada, y lo probó no hace muchos días, pues rompió el cabe-

tro y se salió del establo hecho una furia, embistiendo hasta las piedras, dijo la buena señora.

—Es cierto —agregó el propietario— pero después se supo la causa de tal fiereza, que no fue otra sino un abejón que se le había metido en una oreja.

—Pues oye, Sancho —dijo D. Quijote— mañana tú te encargarás de buscar el abejón y metérselo en la oreja, cuando llegue la hora de torearlo, para dar gusto completo a estas discretas doncellas y demás personas de la hospitalaria casa en que nos hallamos.

Todos los presentes, excepto los dos compañeros de D. Quijote, celebraron la condescendencia de éste, y comunicaron la fausta nueva no sólo a los estantes y habitantes de la quinta, sino a los vecinos más retirados una legua a la redonda, para que no se privasen de la improvisada fiesta, con mayor razón por ser domingo el día siguiente, lo que era una dicha, porque no habría menoscabo alguno en las labores y obligaciones de cada cual.

Desde aquella misma noche empezaron los preparativos, con tanto entusiasmo, que raras veces se había visto la quinta tan concurrida; pero el propietario les fue a la mano en los intentos que tenían de trasnochar en estas faenas, disponiendo que todos se recogiesen a dormir, porque tiempo habría de prevenir y combinar las cosas necesarias a plena luz del día, sin que nada faltase.

Santiago llamó a solas a Sancho y le dijo:

—¿Qué cree el señor contratista del aprieto en que estamos?

—Qué voy a creer, sino que son cosas muy propias del Dr. Quix, a quien no conoces tú, como yo lo tengo conocido.

—¿Pero ha toreado él alguna vez en su vida?

—¡Válgame Dios! y no toros, sino leones.

—¡Ha luchado con leones!...

—Como tú lo oyes. Es un hombre endemoniado, que todo lo sabe y todo lo acomete, sin pizca de miedo. De allí que tenga más porrazos y cicatrices en el cuerpo que pelos en las barbas.

—A pesar de su grande arrojo y valentía, que no pongo en duda, lo más prudente sería, amigo Sancho, que usted no ejecute mañana lo que él le ha ordenado para enfurecer el toro.

—No me conoces a mí tampoco, si te imaginas que he de darle gusto en tamaño disparate, cuyas resultas podrían dañarnos el pellejo tanto como a él. En fin, Santiago, por ahora lo que más me apena, es sentirme tan pesado, después de haber comido a tres raciones, una para satisfacer en parte lo atrasado, otra para lo presente, y la última, por lo que pueda acontecemos en lo venidero, siguiendo la regla de que la luz de adelante es la que alumbra. Pero a medida que comía, me apretaban los pantalones como cinchón de carga, y uno tras otro han ido reventando los botones como tiros de escopeta.

Santiago estuvo a punto de soltar la risa en las barbas de su hinchado compañero, que a dos manos se tenía los pantalones para que no se le cayesen. En esta actitud caminó Sancho hasta el aposento que les habían destinado, y allí se las tuvo con D. Quijote, el cual estaba contentísimo de la aventura en que se había metido.

—Yo creí de todo corazón que ya su merced estaba curado de estas locuras, y que por la orden del Progreso que ahora profesa, le estaba vedado entrar en lisas y combates, mayormente con fieras, que son el sumo de la barbarie.

—Pues te equivocas, Sancho, y tu equivocación procede de que tienes sobre los ojos la venda de la ignorancia, y no conoces de la misa la media, ni te raya por la mente la nueva doctrina, a que debemos ajustar nuestras obras y pensamientos, en esta época de mayor esparcimiento para el espíritu y mayor actividad de los sentidos.

—Siempre ha de encaramarse su merced por encima de las nubes, cuando me da alguna conseja, y por eso no me aprovecha, ni le tomo sustancia. Así, le ruego, si quiere hacerme partícipe de sus letras, que no principie por lo último, sino por el principio. Haga como los maestros de escuela, que van enseñando a leer principiando por la cartilla, y no por la doctrina, como su merced lo hace, adelantándose a más de lo que el aprendiz puede entender, según sus cortos alcances.

—Tiempo vendrá, Sancho, en que te enseñe y pruebe que en eso mismo que dices, cometes error, porque hoy no se enseñan las artes y letras por grados, ni por materias sucesivas, según antes lo quería la lógica, sino conjunta y simultáneamente todas ellas, para que en breve tiempo gane el espíritu una ilustración universal, sin rémoras ni cortapizas de ningún linaje,

haciendo de modo que de niño se pase a sabio, tal así como pasa hoy el algodón de su primitivo estado de mota, al de finísima tela, en un abrir y cerrar de ojos, por virtud de las máquinas, que todo lo abrevian y perfeccionan.

—Oiga, mi amo, tripa llena ni bien huye ni bien pelea. Más quiero ahora dormir que altercar con su merced, porque oveja harta, del rabo hace manta. Ya veremos cómo se compone mañana con el toro del tío Pedro, y si tiene máquina para torearlo.

—Lo veréis, Sancho, mas es bueno que temprano te duermas, para que temprano te pongas en pie, salgas al campo a buscar el abejón o los abejones, porque he pensado que será mejor meterle dos, uno en cada oreja.

—Eso corre por mi sola cuenta; y así, debe prevenir su merced que nadie se entrometa en esta operación, si quiere habérselas con un toro más bravo que los de la plaza de Sevilla.

Santiago, que se había quedado platicando con la familia de la casa, se despidió de ésta, y se entró al aposento donde estaban sus compañeros de viaje, con la inquietud de ánimo que debe imaginarse, por el no esperado y peligroso compromiso en que, sin quererlo, había metido al Dr. Quix, cuyas ideas y carácter la parecían cada vez más excepcionales y dignos de atención.

Horas después, reinaba en la quinta el más profundo silencio.